

2.1. Protágoras

Protágoras de Abdera (c. 485-c. 415) fue, en efecto, el más famoso, el primero en llamarse abiertamente sofista, viajó por toda Grecia con tal oficio y recibió por sus enseñanzas una alta remuneración, «ganando mucho más que Fidias y otros diez escultores». Platón lo trata con un cierto respeto, por su noble personalidad y su amplitud de miras. A Protágoras se le atribuyen varias obras, de las que poseemos poco más que el nombre: *Antilogías*, *La verdad o discursos demoleedores*, *Acerca de los dioses*, y *Sobre la constitución primordial*.

«Acerca de cualquier 'asunto' —*prágma*— 'hay dos 'discursos' —*lógoi*— que se contraponen», afirmaba Protágoras (según D. Laercio, IX, 51) al comienzo de sus *Antilogías*, que era una especie de tratado de retórica y dialéctica. Así como en los juicios hay dos puntos de vista, el del acusador y el del defensor, así sucedía respecto a cualquier cosa. El libro trataba de mostrar cómo podía sostenerse una u otra tesis, según la conveniencia, y mediante una hábil argumentación, podía conseguirse «hacer más fuerte el argumento más débil». El orador eficaz logrará mediante su discurso cambiar la opinión de los jueces. Aunque tal propuesta podía ser criticada por los que la entendían torcidamente como «hacer más fuerte la tesis injusta», tal como lo hace Aristófanes en *Las nubes*, no era tal la intención de la enseñanza protagórica. En su propuesta lo fundamental era la insistencia en el poder de la retórica para modificar la opinión de los demás. Como señala Nestle, «el riesgo real de todo el método consistía en sustancia en que no estaba basado en la investigación de la verdad objetiva, sino en el efecto subjetivo, en la influencia sobre la convicción de los jueces». El *lógos*, «artesano de la persuasión» (según la sentencia platónica), era capaz de modificar la *dóxa*, impulsada por el arte de la palabra. Hemos conservado una breve obra, los *Dissoi lógoi* o *Discursos contrapuestos*, tal vez de algún discípulo del sofista, que puede darnos una idea del método, ejemplificado en una serie de motivos de gran interés.

Tan famosa, al menos, como la anterior proposición es la que se encontraba, como afirmación básica, en *Acerca de la Verdad*: «El hombre es la medida de todas las cosas (*pánton chremáton métron ánthropos*), de las que son en cuanto son, de las que no son en cuanto no son». La interpretación de la frase ha hecho correr mucha tinta, desde el *Teeteto* de Platón hasta hoy.¹⁷ Se puede discutir si «el hombre» aquí mentado es el ser genérico o el individuo, si por *chrémata* debemos entender 'cosas' o más bien 'cualidades' o 'valores', etc. Dejando de lado el alcance ontológico de la afirmación, conviene destacar que este principio de la *homo mensura* se aplica a «todas las cosas»; es decir, tiene un alcance universal; nada es, pues, absoluto.

Es probable que Protágoras no trazara una distinción entre el hombre como género y como individuo; desde luego, por lo que se desprende de los comentarios antiguos, pensaba en el individuo y sus variables sensaciones. Todo es, pues, según ese principio, relativo; para cada ser humano las cosas son como se le aparecen. El hombre individual es quien aplica su patrón valorativo a todas las cosas. Mediante su valoración y opinión el hombre les da su significado. El relativismo de Protágoras implica una concepción del mundo, en el que las cosas —las *chrémata*— quedan definidas en relación a la opinión del hombre. Tanto Platón como Aristóteles se enfrentarán a esa concepción relativista, que encierra una lógica propia y un alcance ideológico muy distintos a los de estos filósofos. Todo está por tanto sujeto a discusión y no hay una superior instancia valorativa, un patrón absoluto que pueda imponerse a todos.

De su tratado *Acerca de los dioses* hemos conservado tan sólo la primera sentencia: «Acerca de los dioses no puedo saber si existen o si no existen, ni cuál es su aspecto, porque muchos son los impedimentos para saberlo: tanto la oscuridad de la cuestión como la brevedad de la vida humana». Tras esta declaración inicial de agnosticismo no es fácil suponer lo que Protágoras expondría sobre tan arduo tema. Tal vez estudiara el carácter social de la religión, su constitución como uno de los rasgos más generales de la cultura humana (*nómoi* y no *phýsei*). En el mito que relata en el *Protágoras*, los hombres se distinguen de los animales por ser los únicos en rendir culto y tener fe en los dioses (*nomízein theoús*); de modo que la religiosidad es, junto con el lenguaje, un primer distintivo de la humanidad racional. Acaso Protágoras destacaba el carácter general del hecho religioso en contraste con los variables credos de los distintos pueblos. En todo caso, para los antiguos mereció ser clasificado entre los ateos, por su escepticismo. Según algunas noticias (que ni Platón ni otros escritores cercanos recogen), ya en su vejez fue objeto de un proceso de impiedad en Atenas (como Anaxágoras y Sócrates más tarde) y su tratado *Peri theôn* fue quemado en la plaza pública.